

---

## DOCUMENTOS

---

# EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLITICA

GABRIEL A. ALMOND

Tras realizar una revisión cronológica y comparada de la teoría de la cultura política, el politólogo Gabriel Almond sostiene que la teoría que se mantiene en la actualidad "no es el conjunto dominante de ideas familísticos, infértil y denominada "inconsciente" de la década del cuarenta, sino más bien una teoría que pone de relieve el nivel cognoscitivo, las actitudes y las expectativas influidas por la estructura y el desempeño del sistema político y la economía".

Como antecedente a esta afirmación, el autor señala que la teoría de la cultura política en su versión moderna surgió del derrumbe de la democracia de Weimar y del surgimiento del nazismo.

"El esfuerzo por mostrar una solución intelectual a este trágico enigma histórico, provino principalmente de las ciencias sociales norteamericanas, que luego se enriqueció con la creatividad de los académicos alemanes refugiados del Nacional Socialismo."

**Gabriel Almond es Profesor Emérito del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Stanford.**

## LA RELACION GERMANO-NORTEAMERICANA

Si bien sus antecedentes se remontan a los orígenes mismos de la ciencia política (Almond, 1980), la teoría de la cultura política en su forma y versión modernas surgió del derrumbe de la democracia de Weimar y del surgimiento del nazismo. (Verba, 1965, p. 131). El esfuerzo por encontrar una solución intelectual a este trágico enigma histórico —tanto teórico como metodológico— provino principalmente de las ciencias sociales norteamericanas, que luego se enriqueció con la creatividad de los académicos alemanes refugiados del Nacional Socialismo. No debemos olvidar esta fuerte relación germano-norteamericana en los orígenes de la investigación de la cultura política moderna. Mi interés en los aspectos subjetivos de la política se vio grandemente estimulado con el estudio de Max Weber bajo el tutelaje de Albert Salomon y Hans Speier en la Graduate Faculty de la New School for Social Research, la "Universidad en el Exilio" como se la llamaba entonces. Otros académicos refugiados eruditos de Alemania a quienes llegué a conocer en las décadas del treinta y del cuarenta, tales como Otto Kirchheimer, Franz Neumann, Herbert Marcuse, Paul Lazarsfeld, Erich Fromm, Else Fraenkel-Brunswick, entre otros, llamaron mi atención sobre el estudio de la "personalidad autoritaria" que llegó a Nueva York y Berkeley vía Frankfurt y Main.

La ciencia política y social de la década del cincuenta estaba obsesionada con el derrumbe de las instituciones de Alemania y el rigor aparente de las instituciones democráticas en Gran Bretaña y los Estados Unidos. El sorprendente contraste en la experiencia histórica y, en particular, la no verificación de la teoría liberal y marxista en el derrumbe de la democracia alemana, crearon el terreno propicio del cual surgió la teoría de la cultura política. Ha transcurrido una generación desde esa intersección entre historia, teoría y metodología explicativas. ¿Qué ha pasado con la teoría de la cultura política y la teoría que desarrollamos en las décadas del cincuenta y del sesenta? ¿Ha servido para explicar lo sucedido?

Es útil reflexionar acerca de esta experiencia intelectual en dos aspectos principales. En primer lugar, nos puede señalar el tipo de teoría que existe en el concepto de cultura política. ¿Qué capacidad explicativa tiene? ¿Dónde encaja en la estrategia explicatoria de la ciencia política? Y, en segundo lugar, es un tipo de estudio en ciencias sociales que nos indica la forma en que se desarrollan las ciencias humanas —una especie de ejercicio meta-metodológico— y que nos permite apreciar la clase de “ciencia” en que los científicos políticos estamos involucrados. En 1955, de ningún modo estaba optimista cuando introduje por primera vez el concepto de cultura política. Entonces pensé que la jerga conceptual, como las contraseñas en la guerra, con frecuencia tenían el propósito de definir al amigo y al enemigo, más que mejorar nuestra capacidad de explicar los asuntos importantes. La utilidad y la permanencia de los conceptos estaba en manos de generaciones académicas futuras cuando ellas probaran su conveniencia.

Alrededor de treinta años después, estaba claro que el concepto de cultura política ha encontrado un lugar en el vocabulario conceptual de la ciencia política. Este forma parte de la estrategia explicativa de la ciencia política y es causa de una permanente polémica en la disciplina, no tan prolífica como la polémica del pluralismo, pero bastante considerable en el sentido cuantitativo. Tal vez existen de treinta y cinco a cuarenta estudios de la extensión de un libro acerca de la cultura política de naturaleza empírica y teórica, y cincuenta o más artículos en publicaciones periódicas y recopilaciones; como también, más de mil o más citas en la literatura.

Una parte considerable de la gente de talento de la profesión ha estado involucrada en estas controversias entre los que se incluyen Samuel Beer, Samuel Barnes, Drian Barry, Archie Brown, Dirk Berg-Schlosser, Richard Fagen, Ronald Inglehart, Max Kaase, Dennis Kavanagh, Robert Lane, S. M. Lipset, Herbert McCloskey, Robert Putman, Lucian Pye, Carole Pateman, Irwin Scheuch, Robert Tucker, Aaron Wildavsky, Stephen White, entre otros. La idea gruesa que se extiende por esta literatura es el énfasis en la importancia de los valores, sentimientos y creencias en la explicación del comportamiento político. Los valores, los sentimientos y las creencias de carácter político, no son

simples reflexiones sobre la estructura política ni se pueden reducir a la elección racional individual. El contenido político de las mentes de los ciudadanos y de las élites políticas es más complejo, más permanente y autónomo de lo que sugerirían el marxismo, el liberalismo y la elección racional individual.

El desarrollo político alemán de la década del treinta fue el que desafió y desacreditó las teorías marxistas y liberales del progreso político. La teoría liberal de la ilustración habría predicho la democratización en Alemania, uno de los pueblos más cultos e inteligentes del mundo civilizado. La teoría marxista habría predicho el desarrollo de la democracia socialista en Alemania, una de las potencias capitalistas más avanzadas, con una clase trabajadora madura y organizada y el Partido Social Demócrata más grande del mundo. Lo que sucedió en Alemania obligó a los teóricos sociales a replantear sus estrategias explicativas. La racionalidad individual y la racionalidad de clases no podían empezar a explicar el derrumbe de Weimar y el nacionalsocialismo. Los fenómenos de la política alemana parecían invitar a las ciencias de lo irracional y lo no racional a unir sus esfuerzos para explicarlos.

Los libros y artículos de publicaciones periódicas que interpretan el nacionalsocialismo y el "problema alemán" en términos psicoculturales pueden llenar un estante. La teoría psicocultural interpretaba la política alemana (y las políticas japonesa, norteamericana, rusa, francesa y británica) desde el punto de vista de la estructura familiar y la socialización infantil. Precisamente, la autoritaria y patriarcal familia alemana explicaba la mezcla de obediencia servil y la hostilidad externalizada que dio origen al nacionalismo, al etnocentrismo y al antisemitismo alemanes. En esta interpretación psicocultural de la política alemana no había mucho lugar para la experiencia adulta, para el impacto de la historia o para los procesos cognoscitivos autónomos.

En esta forma extrema, el enfoque psicocultural pronto fue desacreditado y rechazado. Ya no leemos *Fatherland* (1948) de Schaffner ni *Postwar Germans* (1948) de Rodnick. Pero su énfasis en la importancia de los factores subjetivos en la explicación política se mantiene en dos estudios del liderazgo en "programas" de investigación y que continúan poniendo de relieve los factores de la personalidad y la investigación de la cultura política que se preocupa por las propensiones de grupo se basa en gran parte, aunque no por completo, en encuestas o investigación empírica.

La teoría de la cultura política la define a ésta de acuerdo con cuatro aspectos:

1. La cultura política es el conjunto de orientaciones subjetivas hacia la política de los miembros de una nacionalidad o subconjunto de éstos en la misma nacionalidad.

2. La cultura política posee componentes cognoscitivos, afectivos y evaluativos; comprende el conocimiento y las creencias acerca de la

realidad política, los sentimientos con respecto a la política y el compromiso con valores políticos.

3. El contenido de la cultura política es el resultado de la socialización infantil, la educación y la exposición a los medios de comunicación y las experiencias durante la edad adulta respecto de la acción gubernamental, social y económica.

4. La cultura política afecta la estructura política y gubernamental y el desempeño la restringe, pero indudablemente, no la determina. Las flechas causales entre cultura, estructura y desempeño van en ambos sentidos.

### CRITICAS A LA TEORIA DE LA CULTURA POLITICA

La teoría de la cultura política ha sido atacada de unas cuatro perspectivas diferentes. Una de las líneas de argumento, desarrollada por Drian Barry (1970, pp. 47ff.) y Carole Pateman (en Almond y Verba, 1980, pp. 57ff.) atribuye a la teoría de la cultura política un aspecto determinista, al suponer que la socialización política produce actitudes políticas, que a su vez provoca el comportamiento político y es la base de la estructura política. Barry y Pateman establecen que la causalidad puede operar, y en realidad lo hace, en otro sentido: que las instituciones y el desempeño ejercen influencia sobre las actitudes. Aquí no hay problema. Los primeros defensores de la explicación de la cultura política reconocieron que la causalidad operaba en ambos sentidos; que las actitudes influían en la estructura y el comportamiento y que la estructura y el desempeño a su vez ejercían influencia sobre las actitudes. En esencia, ésta era una controversia con poca fuerza.

La crítica marxista reflejada en el trabajo de Jerzy Wiatr (1980), entre otros, sostiene que el cambio en las actitudes es el resultado del cambio estructural económico y social, en otras palabras, la lógica causal opera desde la estructura de clases hasta las actitudes políticas, el comportamiento y estructura políticos. Las actitudes políticas poseen un contenido estructuralmente necesario, y por esto, no tienen un poder explicativo independiente o autónomo. Este argumento ya no es expuesto seriamente por los neomarxistas contemporáneos, quienes en las décadas recientes han descubierto que la política y el estado tienen cierta autonomía, y que la etnia, la nacionalidad y la religión no permiten fácilmente la resocialización.

Una tercera línea de crítica, proveniente en su mayor parte de los investigadores del comunismo —Richard Fagen (1969), Robert Tucker (1973), Stephen White (1979, 1984), entre otros— indica que es inadmisibles separar las actitudes políticas del comportamiento. Restringir el concepto de cultura política a su aspecto psicológico equivale a una "subjetivización" radical del fenómeno. Una división como esa propor-

ciona una inclinación conservadora a la teoría de la cultura política. Subestima la maleabilidad de las actitudes como respuesta al cambio estructural. En contraste con los dos primeros argumentos, este punto de vista mantiene el concepto de cultura política, pero modifica su contenido para incluir la conducta. Lo que se pasa por alto en esta crítica es el hecho de que al separar la dimensión psicológica de la conductual se nos permite averiguar cuáles son realmente estas relaciones. El no separarlos, nos impide estudiar las complejidades de la relación entre pensamiento político y acción política.

Una cuarta línea de crítica fue expuesta por la escuela de pensamiento de elección racional o "individualismo metodológico". Los científicos políticos tales como Ronald Rogowski (1974) y Samuel Popkin (1979) señalan que la estructura y el comportamiento políticos pueden explicarse con los cálculos sobre el propio beneficio a corto plazo de los actores políticos. En su análisis no hay lugar para valores, normas, sentimientos ni componentes cognoscitivos más complejos. La historia, la memoria y el contexto cultural no tienen poder explicatorio. La simple introducción de la elección racional en cualquier situación política nos proporciona todo el poder explicativo que necesitamos. El ataque de Popkin (1979) al trabajo de James Scott (1977), quien señala la importancia de las normas y valores en las reflexiones y decisiones de los campesinos del sudeste asiático, ilustra este enfoque. Scott sostiene que el debilitamiento paulatino de las expectativas de los campesinos y la desintegración de la estructura moral de la vida del pueblo como resultado de la introducción de una economía de mercado, explica la potencialidad revolucionaria del campesinado. Popkin afirma que el desarrollo social, cultural y político en el campo se explica mejor si se considera al campesino como un individuo racional, que negocia los términos del mejor acuerdo a corto plazo con empresarios económicos y políticos de cualquier convicción ideológica.

## PERMANENCIA Y CAMBIO EN LA CULTURA POLITICA

La literatura contemporánea de la cultura política está centrada en la experiencia de tres regiones: 1. la cultura política de sociedades industriales desarrolladas; 2. el papel de la cultura política en el desarrollo de las sociedades comunistas; y 3. el papel de la cultura política, económica y religiosa en la modernización de los países de Asia. El primer tema en realidad consiste en dos partes: (a) una literatura que trata los hallazgos relacionados con *The Civic Culture* y una literatura que trata el tema del cambio en la cultura política en sociedades industriales desarrolladas asociado al trabajo de Ronald Inglehart y Samuel Barnes.

Desde la publicación de *The Civic Culture* en 1963 ha habido un número considerable de estudios sobre las actitudes políticas en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Federal e Italia. En realidad,

se han realizado investigaciones por más de dos décadas. Parte de la información recogida aparece en *The Civic Culture Revisited* (1980). De ésta y otras fuentes podemos formarnos la impresión de cuán estable es la cultura política y de los factores que podrían transformarla.

Estudios recientes de la cultura política norteamericana —incluido el completo estudio *Confidence Gap* (1983) de Lipset y Schneider basado en varios cientos de estudios de opinión efectuados en los Estados Unidos a partir de la década del cuarenta— indican una seria disminución en la fe y la confianza depositada en el liderazgo y las instituciones de orden político, económico y social en Norteamérica. La gran confianza y legitimidad revelada por *The Civic Culture* parece haber sido reemplazada por el escepticismo, en relación a la efectividad e integridad del liderazgo político, militar, económico y otros en los Estados Unidos. Aunque ninguna de estas pruebas indicaban una crisis de legitimidad, los Estados Unidos en los ochenta sin duda ya no era la segura cultura cívica de principios de la década del sesenta. Pero, después de varios años de la administración Reagan, un estudio posterior (1985), que indica la medida en que estos indicadores de confianza son variables, demostró que el progreso económico y el mejor liderazgo moral había reducido significativamente esta alienación y desconfianza.

En lo que respecta a Gran Bretaña, Dennis Kavanagh en *Civic Culture Revisited* habla de una “disminución de los elementos de respeto y de apoyo” en la cultura política británica en el período 1960-1980. Sin embargo, señala que existe más descontento con el desempeño que con el sistema en general. “Los últimos años de crecimiento económico lento han conducido a mayores tensiones sociales, rivalidades entre los grupos y a un descontento cada vez mayor hacia las autoridades formales”. . . y que “Los lazos tradicionales de clase social, partido y nacionalidad común se están debilitando y con ellos, las antiguas limitaciones de la jerarquía y el respeto” (1980, p. 170).

Kendall Baker, Rusell Dalton y Kai Kildebrandt (1981) en sus análisis de los datos obtenidos de encuestas en Alemania desde la década del cincuenta hasta la del setenta, atestiguan una transformación completa de la cultura política alemana que pasa del modelo pasivo apolítico presentado en *The Civic Culture* a la cultura prodemocrática, politizada y orientada hacia la participación de los años setenta y ochenta. De esta forma, la cultura cívica declinante de los Estados Unidos y Gran Bretaña y la cultura cívica en surgimiento de Alemania Federal demuestran que la cultura política es una variable relativamente dúctil, influida significativamente por la experiencia histórica y por la estructura y el desempeño gubernamentales y políticos. Los desastres del nacionalsocialismo, una estructura gubernamental y política hábilmente dirigida, y una economía eficaz parecen haber producido una democracia estable en Alemania. Por otra parte, la guerra de Vietnam, la contracultura, y el caso Watergate han debilitado seriamente la cultura cívica de los Estados Unidos; además, el deficiente resultado económico

y la disminución del prestigio internacional también han reducido la legitimidad de las instituciones políticas británicas.

Los estudios empíricos de Ronald Inglehart (1975), Samuel Barnes, Max Kaase (1979) y sus colaboradores también insinúan la flexibilidad de la cultura política en las sociedades industriales desarrolladas. Inglehart demostró, basándose en una serie de encuestas que dirigió en Europa y los Estados Unidos durante un período de más de una década en los años setenta y principios de los ochenta, que los cambios generacionales en las democracias industriales desarrolladas han transformado las políticas y los elementos culturales de estas democracias y que estos nuevos elementos han comenzado a modificar los sistemas de partidos de estos países. En esta primera versión, la teoría de Inglehart sostenía que las generaciones nacidas en Europa y los Estados Unidos en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de los setenta habían experimentado una continua paz, un crecimiento económico rápido, crecientes oportunidades educacionales y una exposición a los medios de información cada vez mayor. Esta socialización política había tendido a atenuar la importancia de los antiguos problemas de seguridad económica, política y militar que habían influido las actitudes de las generaciones anteriores y puso de relieve otro conjunto de problemas sobre participación, calidad de vida y medio ambiente. Posteriormente Inglehart y otros estudios realizados durante los años de estagflación de fines de los años setenta y principios de los ochenta señalaron un regreso de la angustia económica, pero las actitudes más recientes con respecto a la calidad de vida también sobrevivieron. Barnes y Kaase (1979) en su estudio realizado en cinco países sobre las actitudes hacia la acción política, siguiendo la senda de Inglehart, han demostrado que esta nueva cultura política de las sociedades industriales desarrolladas también comprende cambios en las actitudes hacia la acción política: la disposición para recurrir a métodos no convencionales de participación política tales como manifestaciones, marchas, sentadas y otras formas por el estilo, además de los modos tradicionales de participación política. Así, una combinación de experiencia histórica y de cambios en los patrones de socialización política —efectos generacionales y de cada período— han alterado significativamente la cultura política de las democracias desarrolladas.

Si bien estudios más recientes de la cultura política en Europa y los Estados Unidos indican que la cultura política puede modificarse en forma relativamente rápida en respuesta a cambiantes circunstancias y experiencias, los estudios de las actitudes políticas en los países comunistas indican la persistencia de ciertos aspectos de la cultura política frente a esfuerzos muy poderosos de transformación (véase inter al. Archie Brown y Jack Gray, 1977, Archie Brown, 1984, Stephen White, 1979, Almond, 1973). Desafortunadamente, se dispone de pocos estudios de investigación de calidad sobre la cultura política de los países comunistas, pero existe alguna; además, hay otros tipos de datos que les

permita a los investigadores de los países comunistas hacer inferencias. Esta literatura sostiene que a pesar de los esfuerzos sistemáticos por parte de los movimientos comunistas para penetrar, manipular, organizar, adoctrinar y reprimir durante un período de varias décadas, no ha surgido nada parecido al "hombre socialista". Los sentimientos nacionalistas han sobrevivido con verdadera fuerza; las identidades culturales y religiosas persisten con gran vitalidad. En países como Checoslovaquia, que en otros tiempos tuvieron una tradición democrática, éstas parecen mantenerse, listas para aflorar en cualquier momento que la historia lo haga posible. Actualmente en Polonia, fácilmente podría haber corrientes liberales más fuertes que aquéllas existentes durante los años de su independencia. La experiencia comunista con la cultura política se aproxima a una serie de "objetos de estudio cruciales" en el sentido de Eckstein (1975). Si un control monopolístico de los medios de comunicación, un monopolio o casi monopolio de organización, sagaces controles policiales no pueden transformar los valores y las actitudes, entonces debe atribuirse cierto poder explicatorio a la cultura política y a los procesos de socialización que la mantienen.

Un tercer conjunto de sucesos históricos, la extraordinaria tasa de crecimiento económico de los países seguidores de Confucio del Extremo Oriente, en contraste con otros países asiáticos influidos por el Islam y el hinduismo, también indica la importancia de la cultura en la configuración de la conducta económica y política. Hofheinz y Calder (1982) argumentaron que el énfasis en la lealtad, educación, reciprocidad y respeto por la autoridad en estas áreas descansa sobre las normas del Confucianismo. Spengler (1980) atribuye al pensamiento social de Confucio el sistema de empresa orientado al libre mercado de Japón. Dellah (1957) señala que los valores religiosos del período de Tokugawa afectaron el despegue económico de la era de restauración Meiji. Winston Davis (1987) resume parte de esta literatura y ofrece una versión modificada de la teoría de Weber de la relación entre la ética económica de las religiones y el crecimiento económico. Más que verse como condiciones necesarias para el crecimiento económico, Davis argumenta que la ética religiosa podría ejercer influencia en el crecimiento económico, ya sea facilitándolo o tolerándolo, o bien, obstaculizando el desarrollo de las actitudes y valores favorables para la disciplina y la acción económicas. Según Davis, las preguntas que debemos formular no se refieren a lo uno no a lo otro, sino más bien a lo siguiente: "¿... ha motivado la religión el cambio económico? ¿Ha tolerado el cambio? ¿Ha fomentado una aceptación tranquila de los costos sociales impuestos por el desarrollo?" (1987, p. 226). Davis demuestra adecuadamente la contribución del Confucianismo a la fuerte tendencia al crecimiento económico de los países del este de Asia.

Lucian Pye (1985), en un estudio imaginativo y de amplio alcance de la cultura y la política de Asia, muestra cómo el Confucianismo, el Hinduismo y el Islam contribuyen, aunque en distintas formas, a los



modelos políticos paternalistas, "familísticos", consensuales y clientelísticos en el Este, el Sudeste y el Sur de Asia. Señala que la región asiática puede tener sus propios patrones de modernización, que la educación y el crecimiento económico no necesariamente deben conducir a la democratización o, si lo hacen, podrían presentar estas tendencias paternalistas, consensuales y clientelísticas. El trastorno no previsto de la modernización y el surgimiento del fundamentalismo islámico populista en Irán indica en forma similar la fuerza de las variables de la cultura política tradicional y de la socialización.

## EL ESTADO ACTUAL DE LA TEORIA DE LA CULTURA POLITICA

A primera vista, los registros históricos podrían parecer ambiguos. Por una parte, la cultura política puede cambiar en forma relativamente rápida; por otra parte, al parecer, podría tomar un gran impulso sin cambiar demasiado. ¿Qué podemos aprender de estas experiencias históricas y de las investigaciones que se han acumulado en las últimas décadas sobre dos de las preguntas fundamentales planteadas por la teoría de la cultura política. En primer lugar, acerca de la estabilidad de la cultura política, su persistencia y autonomía, y por consiguiente, su significación explicativa en la explicación política; y, en segundo lugar, la importancia relativa de los factores que dan origen a la cultura política, en particular, la importancia relativa de la experiencia de la primera infancia, el lugar de trabajo del adulto, la comunidad y la influencia de los medios, y la experiencia directa de la acción política y gubernamental?

Con respecto a la estabilidad o permanencia de la cultura política, la información que conocemos ha indicado que las disposiciones de ánimo políticas, tales como la fe en los funcionarios políticos, la confianza en las instituciones políticas y sociales parecen ser cambiantes con bastante facilidad, variando con la efectividad de la acción de estos líderes, funcionarios e instituciones. Las creencias políticas básicas y los valores políticos son más resistentes, aunque aún sujetos al cambio. Así en los Estados Unidos y Gran Bretaña en los sesenta y los setenta, la fe en los líderes y la confianza en las élites políticas, económicas y sociales disminuyeron abruptamente. Sin embargo, las pruebas no señalaron ningún desgaste en la legitimidad básica de las instituciones políticas y sociales de los Estados Unidos y Gran Bretaña, a pesar del deficiente desempeño económico y gubernamental experimentado en ambos países. La transformación de las actitudes políticas alemanas básicas, parece haberse registrado como consecuencia de tres causas principales: 1) Las experiencias históricas más fuertes que afectaron directamente a la gente, tales como la derrota militar, bombardeo, ocupación, división, migración forzada, humillación internacional. 2) Dirección constitucional imaginativa (un sistema electoral favorable a los partidos políticos más grandes, el voto constructivo para expresar confianza del Parlamen-

to en los gabinetes, el federalismo, y 3) Un desempeño político y de plan de acción notable que produjo un "milagro de reconstrucción y crecimiento". Es imposible separar y atribuir una importancia específica al papel desempeñado por los cambios en los patrones básicos de cultura producidos por los cambios en la estructura familiar, la socialización de la infancia y la resocialización en la edad adulta. Todo lo que podemos afirmar es que todos estos factores han provocado una cultura política distinta en Alemania Federal, caracterizada por la legitimidad democrática del régimen y por una cultura política participante.

En los Estados Unidos, la disminución de la fe y la confianza y la política consensual también parecen haber sido determinadas por una derrota costosa y desmoralizadora en la guerra de Vietnam, con sus diez largos años de duración, por el conflicto racial en una mayor escala, por cambios importantes en las normas culturales y sociales norteamericanas originadas en parte por la "contracultura" y por los escándalos desmoralizadores de la administración Nixon. Sin embargo, estos fuertes impactos no han debilitado significativamente la legitimidad de las instituciones gubernamentales, políticas y económicas norteamericanas.

De esta forma, nuestras pruebas indican que las creencias políticas básicas, tales como la legitimidad del régimen, poseen una estabilidad considerable. Al parecer, sólo las catástrofes pueden afectar estas actitudes en cortos períodos de tiempo; y de lo contrario, el ritmo de cambio es relativamente lento.

Por último, las actitudes, las identidades y el compromiso con valores asociados a la etnicidad, la nacionalidad y la religión son los más resistentes al cambio. Estos son compromisos valóricos primordiales que parecen casi indestructibles. Estos valores y compromisos primordiales y los procesos de socialización que los mantienen, son los que explican el fracaso de los esfuerzos soviéticos y comunistas por tratar de transformar las culturas políticas de los países de Europa Oriental, e incluso en Rusia, en particular, fuera de la región de la Gran Rusia. Pero la resistencia de las culturas políticas de Europa Oriental no está limitada a las identidades nacionales, etno-lingüísticas y religiosas. Se sostiene que en Checoslovaquia las actitudes políticas liberales se mantienen con más fuerza que en el período pre-comunista. En Polonia al parecer las actitudes políticas liberales ahora se han extendido a donde nunca antes lo habían hecho. El aprendizaje político no puede reducirse a la simple reactividad.

La teoría de socialización política ha experimentado cierto progreso en las últimas décadas. En términos generales, hay evidencia de que la autoridad familiar ha cambiado en dirección a la participación. Es difícil determinar en qué medida estos cambios han contribuido en forma independiente a la democratización de la cultura política en las sociedades industriales, puesto que durante estas décadas se registraron tantas otras influencias en la misma dirección. También se ha comprobado que los crecientes niveles educacionales en las sociedades industriales desarrolladas han elevado la proporción de los ciudadanos políticamente efi-

cientes y han transformado las culturas políticas de las sociedades industriales desarrolladas en dirección hacia la participación.

Uno de los cambios más significativos en el proceso de socialización política es el surgimiento de los medios electrónicos de comunicación, en particular, la televisión. Estudios de la conducta electoral en los Estados Unidos a fines de los años cuarenta y cincuenta originaron la teoría del "flujo en dos etapas de las comunicaciones" de Katz y Lazarsfeld. (1955). Esta teoría sostenía que el impacto de los medios de comunicación en las actitudes y en la conducta era mediatizado por las élites de opinión, es decir, personas confiables, sacerdotes, profesores, miembros mayores de la familia, entre otros. Los mensajes transmitidos por los medios eran interpretados por estos líderes de opinión y la gente común se encontraba protegida de la manipulación masiva. La televisión ha debilitado la influencia de los líderes de opinión y ha acentuado la importancia de los medios de comunicación en la formación de los valores y actitudes. Según Austin Ranney (1982), el mayor acceso que la televisión tiene a los sentidos y la aparición en ella de influyentes comentaristas e intérpretes ha desgastado la importancia del líder íntimo y directo con importantes consecuencias para la familia, la comunidad, los grupos de interés y la cohesión de partidos políticos. La combinación de los niveles de educación más altos y la televisión han cambiado la relación entre las élites políticas y el público en las sociedades industriales desarrolladas. La cantidad de discreción concedida a los líderes se ha reducido y las formas políticas y habilidades se han transformado.

También resulta evidente en la experiencia política alemana y francesa, que el andamiaje constitucional y político-estructural podría tener efectos significativos en la cultura política. Las medidas constitucionales alemanas han asegurado que Bonn no sea una repetición de Weimar. Sin duda, la estabilidad política alemana por más de tres décadas, que en gran parte se puede atribuir a las disposiciones constitucionales, ha contribuido en forma importante a la legitimidad del sistema alemán. En forma similar, el experimento francés con un "gobierno parlamentario presidencial" mixto y su sistema electoral, han contribuido en forma importante a la estabilidad y la eficacia de la Quinta República y han reducido el cinismo político y la alienación francesa.

Así, la teoría de la cultura política que se mantiene hasta la actualidad no es el conjunto dominante de ideas familístico, infantil y dominado "inconsciente" de la década del cuarenta, sino más bien una teoría que pone de relieve el nivel cognoscitivo, las actitudes y las expectativas influidos por la estructura y el desempeño del sistema político y la economía. Pero si gran parte de esto es fluido y flexible, existen componentes permanentes y estables, tales como creencias políticas básicas y compromisos con valores y adhesiones primordiales que afectan y restringen nuestro comportamiento político y nuestra política pública.

## UN ENFOQUE SEGUN EL SISTEMA, EL PROCESO Y LA POLITICA DE LA CULTURA POLITICA

Se han registrado varias polémicas acerca del contenido de la cultura política. ¿Cuáles son sus componentes y cómo se relacionan entre sí? La tesis Fagen-Tucker-White nos alejaría de la división conceptual hacia un concepto más inclusivo. Lowell Dittner (1977) ataca la definición prevaleciente de la cultura política como la "...percepción subjetiva de una realidad política objetiva. . . como una concepción poco clara que, no se distingue, por una parte, de . . . la estructura política, y por otra, de la 'psicología política'" (pág. 581). Propone una concentración más precisa para definir la cultura política dentro del marco de un enfoque de sistemas semiológicos. Pero reconoce que la superioridad teórica de un enfoque como éste aún debe demostrarse.

En mi propio trabajo (1978), argumenté que si la cultura política es la dimensión subjetiva del sistema político, entonces debe haber un conjunto divisible de orientaciones hacia las diversas estructuras del sistema político. Los miembros del sistema político conocen estas numerosas partes y estructuras; tienen sentimientos hacia ellas y las juzgan o evalúan de acuerdo con diversas normas. Así, de la destrucción de los tres niveles del sistema político: sistema, proceso y políticas, se desprende que cada sistema político posee una cultura del sistema, del proceso y de las políticas. La cultura del sistema consiste en el conocimiento, los sentimientos y las evaluaciones con respecto a las autoridades políticas, el rol de los funcionarios; en el conocimiento, los sentimientos y las evaluaciones con respecto al régimen, es decir, la estructura institucional; y el conocimiento, la opinión y las evaluaciones con respecto a la nación. De esta forma, cuando hablemos de la legitimidad de un sistema político, debemos especificar si nos referimos al conocimiento, los sentimientos o los valores con respecto a los funcionarios, al régimen o a la nación, o a alguna combinación de todos ellos.

La cultura del proceso consiste en el conocimiento, las opiniones y las evaluaciones que los miembros del sistema político tienen sobre sí mismos como actores políticos y hacia otros actores políticos, incluidas otras agrupaciones políticas tales como partidos, grupos de interés y específicas élites políticas y gubernamentales. La cultura de la política consiste en el conocimiento, los sentimientos y las evaluaciones que los miembros del sistema político tienen sobre el producto del sistema: sus políticas internas (extractivas, regulativas y distributivas), y sus políticas exteriores (militar, diplomática, económica).

El desagregar la cultura política en estos términos sistémicos nos permite explorar la estructura lógica o interactiva de la cultura política. Por una parte, nos podría llevar a corregir algunos de los defectos conceptuales detectados por Lowell Dittner y al mismo tiempo, por otra, a evitar algo la pomposidad de la semiología. Es claro que estos tres niveles de cultura política se encuentran estrechamente relacionados. En un nivel simple, es claro que el descontento con respecto a los resulta-

dos de las políticas probablemente lleve al descontento con respecto a las autoridades políticas responsables de esos resultados. El descontento con respecto al proceso político probablemente conduzca al descontento con respecto al régimen. El descontento prolongado con respecto a los productos de las políticas, en algunos tipos de sistemas políticos, podría conducir a un cambio en las autoridades políticas; asimismo, el descontento prolongado con respecto al proceso político podría conducir a un cambio del régimen o de las estructuras. En países con habitantes de distinto origen étnico, el deterioro en el desempeño, ya sea en el nivel del proceso o de las políticas, puede provocar con el tiempo una disminución en la legitimidad nacional y el surgimiento de movimientos separatistas o autonómicos, como ha ocurrido en Gran Bretaña y otros países en los últimos años.

Por otra parte, las políticas y procesos satisfactorios y eficaces, con el tiempo podrían aumentar la legitimidad de las autoridades políticas, de los regímenes y las naciones. Hay algo así como un proceso de acumulación de capital y de desgaste en esta interacción entre el resultado del proceso y de las políticas y la legitimidad del sistema.

Al abordar la cultura política desde el punto de vista de estos tres niveles, se aclaran algunos aspectos de la estrategia política de la elite. Las amenazas sobre un régimen en razón del descontento con respecto al proceso podrían tratarse directamente, como fue el caso del proceso de democratización en Gran Bretaña en el siglo XIX. La negociación no se centró tanto en la cuestión del sufragio universal, sino más bien en limitadas concesiones políticas obtenidas paulatinamente como respuesta a los sectores más movilizados de la población. La estrategia de Bismark en Alemania consistió en disuadir demandas populares de mayores concesiones por parte de las clases media y trabajadora, mediante una sagaz política incentivadora: política de bienestar para la clase trabajadora, políticas comerciales para los industriales y los terratenientes y una política exterior agresiva. La estrategia de Bismark de aplicar una política distributiva como una forma de mitigar y contener las demandas de participación, ha sido seguida en numerosos países del Tercer Mundo, en particular, Corea del Sur y Taiwán.

Un enfoque sistémico de la investigación sobre la cultura política, a lo largo de líneas como éstas, tiene la virtud de mantenerse firmemente apoyado en la estructura y desempeño del sistema político. Se presta para un análisis formal y lógico y origina interesantes hipótesis sobre importantes aspectos de la política.